

constituye así una búsqueda de la matriz originaria, del lugar donde se hallan las raíces de la emotividad, allí donde se insinúa la frontera entre conciencia y subconsciencia y donde se libra la lucha por el nacimiento del ser espiritual. Esta revelación primaria de conciencia se define como de índole sintiente e intuitiva más bien que lógica y argumentativa. Por tal razón, el vocabulario de *Pasión de la tierra* se caracteriza por su denso espesor terrestre y por una sintaxis de ordenación incoherente y de asociaciones sorprendentes. Sin embargo, los poemas de este libro revelan una coherente textura de símbolos, visiones oníricas, encadenamientos imaginísticos y significaciones primarias, cuya latente virtualidad significativa corresponde a una manera unitaria de ser y expresarse la conciencia poética. Examinaremos algunas de las características de este mundo al parecer enigmático y extraño.

En primer término, es de notar que el título mismo *Pasión de la tierra* consta de un sintagma nominal bímembre, cuyo primer término, en situación de núcleo de la frase, es indicador de movimiento pasional, y el segundo, en posición determinante, cumple una función de genitivo. Sin embargo, es un hecho que el primer término hace relación a una manifestación de la conciencia humana, en tanto que el segundo indica la materialidad terrestre de esta función. *Pasión* indica, en efecto, capacidad de la conciencia para reconocerse a sí misma en su calidad de movimiento pasional, el cual puede ser ya un sentir agudo y doloroso, ya una posible experiencia de placer. Este movimiento pasional implica, además, un inevitable tenderse hacia un objeto externo complementario, en la forma de un sentir que se da hacia afuera. Tal impulso de movimiento original hacia la otredad del yo se halla expresado en los poemas de *Pasión de la tierra* en la forma de un *Tú*, el cual constituye de hecho el objeto de la tensión dialogante del poeta y cuya esencia es implícitamente de carácter femenino. En un poema como «Sobre tu pecho unas letras» (p. 212), el «tú» se halla incorporado al mismo título y luego, definido al comienzo del texto, como objeto del impulso ansioso del poeta, sin que éste logre, por otra parte, encontrar su debido cumplimiento: *Sobre tu pecho unas letras de sangre fresca dicen que el tiempo de los besos no ha llegado*. El poeta ha tenido que presenciar el distanciamiento de ese cuerpo tendido (*tu largo cuerpo*) al ser arrebatado por el mar, dejándolo a él con sus *dos labios insensibles* y con la llamarada viva de una vena recién abierta. La conciencia se revela así como sensación agudizadamente dolorosa, a causa del sajamiento en carne viva. Este foco sensitivo del dolor biológico es fundamentalmente inclinación amorosa no cumplida, al nivel de la sensibilidad

primaria, y nos permite explicarnos las numerosas imágenes de violencia física que se encuentran en los poemas de *Pasión de la tierra*. El dolor agudizado se halla expresado por el seccionamiento de los órganos, por las imágenes de rompimiento y fracturación y por la mención de instrumentos cortantes. Ahora bien, esta pasión originaria es pasión materialmente terrestre, por surgir de las raíces biológicas del ser del poeta y la cual se revela a la conciencia en la forma de movimiento doloroso y destructor. Sin embargo, tal pasión alcanza también un grado alto de espiritualización por su aptitud para revelarse en imágenes de elevación y de belleza. La conciencia poética capta así esta doble vertiente, que se bifurca en direcciones opuestas, de elementalidad biológica y de espiritualización en la raíz misma del ser del poeta, esto es, en la frontera entre subjetividad y objetividad, entre emotividad y realización artística.

No hay duda, con todo, de que la textura de elementalidad de la conciencia constituye la experiencia primordial de los poemas de *Pasión de la tierra*. En primer término se hallan los símbolos de descenso propiamente dichos, con referencia a oquedades subterráneas, fondo del mar, movimientos de peces, raíces de árboles, llamas emergentes, donde se asienta la materia pura. En el poema «Vida» (p. 177), primero de la colección, el poeta se dirige ansiosamente al «tú» de su objeto dialogante:

Esos ojos de frío no me mojan la espera de tu llama, de las escamas pálidas de ansia. Aguárdame. Eres la virgen ola de tí misma, la materia sin tino que alienta entre lo negro, buscando el hormiguelo que no grite cuando le hayan hurtado su secreto, sus sangrientas entrañas que salpiquen.

En «El amor no es relieve» hay clara referencia al movimiento de caída: *Este paisaje está muerto. Una piedra caída indica que la desnudez se va haciendo... Los truenos están bajo tierra. El plomo no puede verse. Hay una asfíxia que me sale a la boca. Tus dientes blancos están en el centro de la tierra* (p. 179). El poeta se halla sujeto al movimiento aplastante de estas conmociones internas: *Me ahogo. El mundo se está derrumbando cuesta abajo... Tierra y fuego en tus labios saben a muerte perdida... Me arrastraré como una serpiente. Un pozo de lengua seca cavado en el vacío alza su furia y golpea mi frente* (p. 180). Por su parte, el símbolo de la serpiente aparece como uno de los más característicos de este mundo elemental y se aplica tanto al tú femenino como al yo viril: *Tú, la que viene arrastrando una cola que da siete vueltas a la tierra* (p. 185). Y también: *¡Serpiente larga! Sal. Rodea el mundo. ¡Surte! Pitón horrible, séme, que no me sea en tí. Que pueda yo, envolviéndome, crujirme, ahogarme,*

*deshacerme* (p. 196). Los peces son signos de vitalidad sorda en fondo subterráneo: *Los ojos de los peces son sordos y golpean opacamente sobre tu corazón* (p. 210).

Ahora bien, dentro de este substrato de elementaridad subterránea surge el movimiento de ascensión y de brote a la superficie que se resuelve en pugna por nacer y que se manifiesta en la presencia de retoños, yemas de árboles y rompimiento de límites. No hay duda de que este impulso está vinculando no solamente con la posibilidad de comunicación amorosa, sino con el movimiento hacia la claridad de la conciencia y a la realización artística. Nos encontramos así en la vertiente de espiritualización de la materia. En el poema «Del color de la nada» (p. 203) hay una ansia de nacimiento que emerge en brotes dolorosos de yemas o de un crecimiento palpitante que exige rompimientos: *Quería existir un denso crecimiento de nadas palpitanes, y el ritmo de la sangre golpeaba sobre la ventana pidiendo al azul del cielo un rompimiento de esperanza*. El proceso del nacer equivale así al brote de la palabra, al nombrar poético y, por ende, hacia una mayor claridad de conciencia. En «Hacia el azul» (p. 237), el poeta logra el encuentro con el sol quemante, gracias a la presencia de las alas en su movimiento de ascensión:

Ascendiendo, una gran risa ha abierto sus alas. El sol está próximo. En el seno de las aguas no hay fuego, pero esa faz resplandeciente me atrae, porque quiero abrasarme mis pupilas, quiero conocer su esqueleto, esa portátil mariposa de los finos estambres, las más delicadas papilas vibratorias.

En «Ser de esperanza y de lluvia» (p. 187), el poeta siente el *ejército de hormigas que va camino de la lengua* hacia la presencia de *diez mil puntos dorados en las pupilas abiertas*, y la violencia de la *piedra de cal y sangre que rompe sus vagidos contra la frente loca de luces aspeadas, de crines fulgurantes hasta el hueso*. El vocabulario de lo luminoso se reafirma así como expresión del brote ascensional y de irrupción al exterior. Por la vía de la lucha con la sangre, el poeta dará con su aurora (*la aurora que me está naciendo entre mi sangre*) y terminará pronunciando palabras luminosas que corresponden a un mundo entrevisto en la alucinación del sueño:

Acabará pronunciando unas palabras relucientes. Acabará destellando entre los dientes tu muerte prometida, tu marmórea memoria, tu torso derribado, mientras me elevo con mi sueño hasta el amanecer radiante, hasta la certidumbre germinante que me cosquillea en los ojos, entre los párpados, prometiéndooos a todos un mundo iluminado en cuanto yo me despierte («El silencio», página 193).

Los poemas de *Pasión de la tierra* revelan, por consiguiente, una manera de ser de la conciencia poética, en cuanto ésta se siente inmersa en su elementalidad terrestre y en tanto que experimenta su brote al exterior en la forma de retoños germinantes y de un soñado vuelo ascensional. La dolorosa y expectante tensión la abre al conocimiento de su propia existencia y de sus poderes y limitaciones. La frontera que marca la fusión de la conciencia del poeta con el cosmos, tanto en *Ambito* como en *Pasión de la tierra*, constituye el ángulo tenso de visión sobre el cual se halla edificado todo el mundo poético de Vicente Aleixandre.

Con *Espadas como labios* (1932) podemos percibir una nueva manera de ser de la conciencia poética en Aleixandre. La conciencia emerge ahora, en efecto, a un estadio de clarividencia, a través del cual ésta puede conocer el mundo a ras de tierra, al mismo tiempo que reconocerse a sí misma, además, en sus movimientos anímicos frente a la cercanía del objeto amoroso, o de su alejamiento, ya sea en el espacio o en el tiempo. El tema del nacimiento de la conciencia, a través de la palabra, es evidente en el primer corto poema de la colección «Mi voz» (p. 247), en el cual las primeras palabras son precisamente *He nacido*, expresión ésta que se repite anafóricamente dos veces más. El poeta habla y su primer nombre pronunciado es el de la amada, emergente entre alas y fulgores: *Tu nombre era la dicha; / bajo un fulgor una esperanza, una ave*. El latido del corazón del poeta tiene la dimensión del mar (*el mar era un latido*), y la piel de la amada descubre horizontes luminosos: *Entonces son posibles ya las luces, las caricias, la piel, el horizonte*. La posibilidad de comunicación por el diálogo equivale a un verdadero amanecer. Esta apertura luminosa de la conciencia sobre sí misma y sobre el mundo exterior se revela en otro poema como «Nacimiento último» (p. 257), cuyo título es también significativo de este proceso de emergencia clarividente de la conciencia. El mundo entero (*los bichitos más miserables y las mismas moléculas*) participan de la nueva luz y del hálito hondo de la respiración. Además, por hallarse el poeta en situación de altura, puede ahora dominar el horizonte y encontrar la extensión ilimitada: *he visto el mar, la mar, los mares, los no-límites*. El ímpetu de vida se manifiesta asimismo en fuerza fecundante: *¿Hacia qué cielos o qué suelos van esos ojos no pisados / que tienen como yemas una fecundidad invisible?*

Ahora bien, la revelación de la conciencia en su nueva dimensión de haber nacido es, por otra parte, conocimiento simultáneo de la fuerza de la pasión, cuyo violento impulso se proyecta en la acción cortante y heridora que se halla implícita en la metáfora del título